

La narrativa y la construcción de estrategias de escritura en Historia y Antropología

Oresta López

“La ventaja de desplazar al menos parte de nuestra atención desde la fascinación del trabajo de campo, que durante tanto tiempo nos ha mantenido esclavos, hacia la escritura, está no sólo en que tal dificultad podrá entenderse más fácilmente, sino también en que de este modo aprenderemos a leer de un modo más agudo. Ciento quince años [...] de prosa aseverativa e inocencia literaria son ya suficientes”.
C.Geertz, 1987

En este ensayo se presenta una reflexión acerca de la importancia y significación de la narrativa en la escritura de la historia, para puntualizar su valor indiscutible como estrategia discursiva preferencial para el entendimiento de la condición humana y el devenir histórico, sin negar la existencia de otras técnicas discursivas empleadas por otras corrientes historiográficas, sociológicas y antropológicas. Se aborda la cuestión de la narratividad como debate entre diversos científicos sociales, con la intención de recuperar la discusión acerca de algunas transformaciones en las disciplinas generadas con el fenómeno de la autoconciencia en las formas de escritura. Finalmente, se hace referencia acerca de los usos narrativistas en la enseñanza y transmisión de la cultura, como una forma natural de contar el mundo y la historia a personas de todas las edades, incluso no sólo a los alfabetizados.

Escuela de Historia,
UMSNH

Introducción¹

No es exagerado decir que un conjunto de investigadores de las ciencias sociales llegan al fin de milenio con una serie de preocupaciones por las perspectivas de sus disciplinas, sorprendidos por los rumbos que imponen los nuevos temas de investigación, desconcertados ante las modas metodológicas y colocados a la defensiva ante las dinámicas que resultan de los ambientes ideológicos en las instituciones. Una discusión iniciada hace dos décadas, es la que se refiere al uso de la narrativa como herramienta para comunicar los resultados de la investigación. Entre los antropólogos esta forma de escritura ha sido ampliamente valorada y respetada, por permitir describir con lujo de detalles a las otras culturas. En tanto que en la disciplina histórica ha pasado por etapas de simpatía y de rechazo, en forma extrema. Mientras para unos el relato, es el lenguaje natural de la mente humana, para otros es una forma que dificulta el análisis de los sucesos.

Si bien siempre han sobrevivido los buenos narradores, no siempre han tenido gran aceptación en el medio académico y mucho menos han recibido el reconocimiento de su trabajo como "ciencia", más bien han sido colocados en el campo literario y ubicados cuando mucho como "divulgadores" de la ciencia. No obstante, en los últimos tiempos, hemos sido testigos de una oleada de grandes historiadores que experimentan escribir sus obras en forma narrativa y eliminan casi por completo el pesado aparato crítico característico de las obras históricas. Los resultados han sido impresionantes, autores que son rigurosos con el uso de fuentes y de amplia erudición, utilizan cuidadosamente las técnicas narrativas. Algunos de los ejemplos más recientes, los encontramos en los trabajos de Carlo Ginzburg, con su obra *"El queso y los gusanos"*, o el de Natalie Davis con *"El regreso de Martín Guerre"*, sus libros, han logrado ser traducidos en diversos idiomas y

¹ Este ensayo fue pensado dentro de las discusiones del Seminario de Historia y Narrativa que Coordinó la Dra. Carmen Castañeda en el Programa de Doctorado en Ciencias Sociales del CIESAS OCCIDENTE en 1998. Agradezco a la Dra. Castañeda sus valiosos comentarios y sugerencias.

llegar a manos de lectores especializados y no especializados en diversos países, incluso la obra de Davis, llegó exitosamente al cine, es decir, alcanzó un público no necesariamente alfabetizado. Por ello, la reflexión acerca de lo que pasa con el uso de la narrativa en la disciplina de la historia, se constituye en un importante asunto de nuestros tiempos.

La narrativa, la explicación histórica y el análisis social

La narrativa en el campo histórico ha atravesado por diversas circunstancias. En el siglo XIX era considerada una forma indiscutible y privilegiada para escribir las grandes obras del saber histórico, e incluso para redactar los libros para niños. No obstante, las limitaciones del método positivista y las tendencias historicistas en los trabajos de los historiadores, promovieron profundas críticas de los colegas de otras disciplinas sociales, se solicitaba a los historiadores que dieran explicaciones científicas fuera de las formas narrativistas.

Los ataques contra la narrativa tuvieron lugar a finales de los años cincuenta, eran dirigidos por los filósofos de la ciencia Carl Hempel y Ernest Nagel, quienes exigían de los historiadores un reordenamiento de sus asuntos de análisis y les sugerían el uso del método hipotético-deductivo para la elaboración de deducciones que favorecieran la construcción de una ley general. Renato Rosaldo afirma que este reto no fue del todo perjudicial para la narrativa, pues *“El desafío de Hempel y Nagel provocó respuestas de un número de pensadores que decidieron explorar a la narrativa como una forma de conocimiento. En vez de decir a los historiadores lo que debían hacer, estos pensadores preguntaron lo que en verdad hacían. ¿Cómo se adquirió el conocimiento histórico existente? preguntaron.”*²

² Véase Rosaldo, Renato, **Cultura y Verdad, Nueva propuesta de Análisis social**, México, CONACULTA, Grijalbo, 1991, Págs. 125-126.

Así, se inició una reflexión creativa acerca de las formas cognitivas que subyacen en las formas de escritura narrativas. Hayden White, identificó algunas particularidades del trabajo de los grandes historiadores del siglo XIX, señaló que la forma tenía una relación intrínseca con el contenido, que existe un acto esencialmente poético en la forma como se prefigura la explicación histórica. White en su obra "*Metahistoria*" señala algunos modelos de construcción y escritura de las grandes obras de Michelet, Ranke, Tocqueville, Burckard, Hegel, Marx, Nietzsche y Croce. Estos ocho maestros son estudiados por White desde el punto de vista de la escritura y los modelos explicativos que emplean. Pues para él la manera de escribir la historia es la manera de comprenderla. Entre historiadores y filósofos de la historia, identifica como punto de contacto, el uso de la narrativa, aunque sean diferentes en los lenguajes que utilizan.

Para Ricoeur, la narrativa es la forma en que el tiempo humano puede escribirse y explicarse. El tiempo se convierte en tiempo humano, cuando se organiza a través del relato. La narrativa es reveladora del tiempo humano, son inseparables. La experiencia humana sólo tiene sentido a partir de su vínculo con el tiempo y por tanto la narrativa tiene esa significación. Ricoeur señala que existen formas no narrativas que sin embargo tienen implícita una forma narrativa para el lector, un ejemplo monumental es la obra de Braudel "*El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*". Dice que en ésta hay una trama, personajes principales, etc. en donde el héroe colectivo sería el Mediterráneo y su impacto en el escenario mundial del siglo XVI. Para Ricoeur por tanto, la interpretación de un texto narrativo no debe ser literal, sino por la forma en que es interpretado.

Uno de los trabajos más sobresalientes que abrieron el camino para repensar en los modelos científicos recorridos por la historiografía, fue el de Lawrence Stone, en 1979, su memorable ensayo se titula "*El resurgimiento de la narrativa: reflexiones acerca de una nueva y vieja historia*". En éste, Stone aclara genialmente el problema. La narrativa, dice, es un modo de escritura histórica que aspira a la elegancia en el

estilo y usa además comentarios ingeniosos o aforísticos, es un texto afectado por un contenido y un método. La forma narrativa ordena su material en secuencia cronológica y el contenido es relatado en forma única y coherente. Stone lamenta el abandono de la tradición narrativa que viene desde hace dos mil años. Para él lo importante será cómo arribar a explicaciones realistas de la historia; asimismo le interesa reivindicar la posibilidad de que la historia ha tenido, y deberá seguir teniendo, muchas moradas, para continuar floreciendo en el futuro: *“El triunfo de algún género o escuela, conduce a la larga a un sectarismo estrecho, o a un narcisismo y a una autoadulación que se traducen en un desprecio y en una actitud tiránica hacia los que no pertenecen al campo, conjuntamente con otro tipo de características desagradables y contraproducentes.”*³

Stone introdujo una reflexión importantísima para comprender los retos que encierra el conocimiento histórico, en su esfuerzo por hacerse científico, pasando por los logros de Ranke en el siglo XIX, quien consideraba que el estudio de nuevas fuentes, sometidas a rigurosos procesos técnicos de crítica textual, daba por resultado una versión científica de la historia. Continuando por revisar la historiografía de nuestro siglo: el modelo económico marxista, el modelo ecológico-demográfico francés y la metodología “cliométrica” norteamericana. Estos grupos de historiadores científicos tenían una confianza absoluta en que los problemas más importantes de la explicación histórica se podían resolver y que ellos lograrían conseguir la solución. Los historiadores marxistas y los del modelo ecológico-demográfico de Annales (del equipo de Le Roy Ladurié), eran los más optimistas, pues creían haber encontrado el hilo conductor de la explicación a partir de la creencia en que las condiciones materiales eran la clave para determinar el desarrollo histórico de una sociedad. El determinismo económico y/o demográfico eran transferidos a través de procedimientos analíticos más que narrativos. Incluso eran preferentemente cuantitativos. El

³ Stone, Lawrence, **El pasado y el Presente**, México, Fondo de Cultura Económica, 1981,1986,Pág. 96.

modelo cliometrista, de origen norteamericano, apoya sus criterios de cientificidad en las matemáticas. Se orientan más hacia la historia económica y trabajan con enormes cantidades de datos para realizar afirmaciones sobre comportamientos de larga duración (electorales, demográficos, salariales, precios, etc.), a los que previamente estandarizan y dan seguimiento mediante fórmulas matemáticas y con el apoyo de complicados programas de computadora.

Estos modelos atravesaron por un creciente desencanto respecto a los modelos deterministas económicos y se empezaron a reconocer otras posibilidades:

“El registro de la historia ha obligado actualmente a muchos de nosotros a admitir que existe un flujo recíproco extraordinariamente complejo de interacciones entre los hechos referentes a la población, el suministro de alimentos, el clima, las reservas en oro y plata, los precios, etc., por una parte, y los valores, las ideas y las costumbres, por la otra. Lo anterior conforma una única red de significado.”⁴

Por ello, afirma que el retorno de la narrativa, está señalando el cambio historiográfico, es decir, un conjunto de transformaciones en el discurso histórico, tanto en su metodología, como en contenido y forma.

En un texto reciente, Georg Iggers, reconocido historiógrafo alemán, señala que Stone reinició una reflexión acerca del carácter científico de la historia. Mismo que tendríamos que ver desde otras perspectivas diferentes a las de los años cincuenta, pues antes de estas fechas, para los historiadores marxistas y para los norteamericanos existía aún una fe enorme en los beneficios del progreso y de la ciencia. A finales de los sesenta, estas creencias se modificaron, debido a las

⁴ Ibid. Pág. 101.

crisis políticas y sociales que se vivían en todo el mundo. La tecnología científica no sólo tenía una cara positiva sino era vista como problemática por las transformaciones salvajes que generaba. Los movimientos estudiantiles y el repudio a la guerra de Vietnam, la crítica a las formas soviéticas del marxismo, fueron también aspectos importantes para modificar las determinaciones en que se apoyaban los historiadores. Por ello cuestionaron algunos de sus conceptos centrales como el Estado, el mercado, la clase social, estructuras sociales, etc. y volvieron su mirada a otros enfoques y sujetos que clamaban una identidad propia.⁵

Es decir, la narrativa ha resurgido no sólo como una moda, sino que viene acompañada de un cambio en concepciones importantes del conocimiento histórico, en donde se reconoce la propia historicidad del autor, donde creemos menos en que se cumpla "el plan de la historia", en donde la idea de progreso se ha complejizado y cada vez es menos unilineal. Un proceso similar ha tenido lugar en la Antropología y en otras disciplinas.

Las estrategias textuales y el análisis antropológico

Según el antropólogo chicano Renato Rosaldo, en el campo de la antropología social, también interesa comprender las interacciones que establece el investigador con los relatos de los informantes. La escritura de las prácticas culturales estudiadas por los antropólogos presenta en orden algo que fue expresado por diferentes sujetos, con formas narrativas distintas. No obstante, el antropólogo al tratar de darles sentido, selecciona, estructura y orienta las narrativas. En el caso del relato del ritual, Victor Turner, propuso un formato de análisis social para los ndembu en Rodesia del Norte señalando " *que la forma procesal de los 'dramas sociales' recae en cuatro fases regulares: rup-*

⁵ Vease Iggers, Georg, G., **Historiography in the Twentieth Century. From Scientific Objectivity to the posmodern Challenge.** New England, Hanover, Wesleyan University Press, 1997. Pág.97-100.

tura, crisis, acción reparadora y ya sea reintegración o reconocimiento del cisma.”⁶

Rosaldo duda que los sujetos ordenen sus conceptos y relatos en forma de drama -de un mismo drama social- utilizando referencias a un “clímax”, “punto crítico”, etc. Considera que *“Cuando el analista social y los protagonistas emplean formas culturales divergentes del análisis narrativo, los problemas de perspectivas se presentan tanto más claros como más complejos.”*⁷ Rosaldo analiza en “Cultura y Verdad” tres narrativas chicanas, a partir de las cuales puede pensar en las concepciones cambiantes de la cultura, *“no sólo como concepto en el análisis social, sino también como un recurso vital para una política de identidad”* en la comunidad chicana. A través de esas narrativas se encuentra una polisemia de significados, en donde se cruzan diferentes fronteras culturales, como sitios donde se cruzan las identidades y culturas.⁸

Tanto Renato Rosaldo como otros antropólogos heredaron el estilo clínico para interrogar e interpretar a sus informantes en las prácticas de campo, es decir se identificaban conductas culturales como síntomas, -incluso cuantificables- para diagnosticar una situación, a la cual se le consideraba totalmente comprensible, inteligible en un marco más general ya preestablecido. Como al cuadro clínico del sarampión, cuando se encuentra a un individuo con ciertos síntomas, se puede anticipar que padece o puede padecer la enfermedad.

Rosaldo y Clifford Geertz cuestionan esta perspectiva clínica para obtener la información de los sujetos. *“En el estudio de la cultura los*

⁶ Véase Rosaldo, Renato, Op.cit. pág. 133.

⁷ Ibid. Pág.134-135.

⁸ “Las bromas y burlas culturalmente distintivas juegan un papel importante en la formación de la cultura chicana, tanto como una forma de resistencia como una fuente de identidad positiva. En lugar de desvanecer los agravios, las incongruencias así expuestas ofrecen discernimiento analítico de utilidad potencial para la movilización de la resistencia popular basada en desigualdad de razas y clases.” Rosaldo, Op. cit. Pág. 141.

significantes no son síntomas o haces de síntomas, sino que son actos simbólicos o haces de actos simbólicos, y aquí la meta es, no la terapia, sino el análisis del discurso social.”⁹

En su búsqueda de una antropología interpretativa, de una semiótica de la cultura, Geertz sugiere la relectura de la narrativa de los antropólogos, es decir sus libros y los diarios escritos durante el trabajo de campo, para repensar seriamente acerca de lo que pasa con la Antropología en la escena de la escritura.

Geertz ha tenido que enfrentar en un primer momento el desprecio de sus colegas por proponer este enfoque revisionista, pues aún a finales de los años setenta se consideraba que el buen etnógrafo debía ir al sitio de estudio -estar allí- reunir información sobre la gente del lugar, de las formas más objetivas (de allí la herencia del enfoque clínico), y volver con la información y organizarla para ponerla a disposición de la comunidad profesional, de un modo práctico, “*en vez de vagar por las bibliotecas reflexionando sobre cuestiones literarias*”.¹⁰

La comunidad de antropólogos consideraba que los buenos textos antropológicos deberían ser planos y sin pretensiones de autoría, por ello no merecían ningún análisis literario. Geertz señala, que los trabajos que han pasado a la posteridad han convencido no sólo por la efectividad de sus teorías y su objetividad, sino porque a través de la escritura, sus descripciones densas acerca de otras culturas, han podido mostrar que “*estuvieron allí*”, que penetraron o fueron penetrados por otra cultura, y que lograron persuadirnos de ese milagro a través de la magia de la escritura.

Existe un conjunto de antropólogos jóvenes que consideran que la revisión de los escritos de los grandes maestros de la antropología nos llevará a comprender mejor cómo es que ellos dan a conocer a pue-

⁹ Geertz, Clifford, *La interpretación de las culturas*, México, Gedisa, 1991. Pag.36.

¹⁰ Geertz, Clifford, *El Antropólogo como autor*, Barcelona, Paidós, 1989, pág. 11.

blos nunca vistos, a los cuales quizás, a través de la magia de la escritura, los han "inventado". Nos recuerda que el gran mérito de estos maestros fue ser descubridores de nuevas culturas o debeladores de explicaciones a sus enigmáticas actitudes y formas culturales. Pero también nos señala la importancia de reconocer que esa antropología se hizo en un contexto de colonización y que la antropología que se hace hoy, no enfrenta más el estudio de pueblos desconectados o desinformados de otras formas de vida existentes en el resto del planeta. Ciertamente, el mundo ya no es el mismo y los métodos fundados por los maestros de la antropología, -también maestros de la discursividad antropológica-, tienen que ser revisados en su contexto histórico y desde sus productos intelectuales escritos.

En la obra, *El antropólogo como autor*, Geertz analiza a cuatro grandes maestros de la antropología: Claude Levi Strauss, Edward Evans-Pritchard, Bronislaw Malinowski y Ruth Benedict. Todos ellos utilizan diferentes estrategias de escritura. Analiza sus técnicas y géneros de escritura, sus tácticas retóricas y sus finalidades ideológicas. Así por ejemplo encuentra detrás de la vaporosa prosa de L. Strauss, sus distancias y sus repugnancias; las ansiedades sexuales y morales de Malinowski frente a la vida sexual cotidiana de los salvajes, y su obsesión por decir que estuvo "allí". Nos muestra asimismo, a una Ruth Benedict que logra a partir de estudiar a los "otros" hacer la crítica social a la sociedad norteamericana, a través de una escritura que logra que aspectos culturales próximos se conviertan en extraños y arbitrarios y rasgos culturalmente lejanos se vuelvan próximos y familiares. Busca al antropólogo como autor a través de sus biografías y sus estrategias de escritura. Se propone explorar estos trabajos animado con las teorías de Roland Barthes acerca de la construcción del relato y de otros autores de teoría literaria. Geertz señala que existe un nerviosismo entre los colegas por revisar las escrituras y prejuicios de los grandes maestros, porque quizá esto modifique nuestras certezas sobre la validez y objetividad de las bases científicas mismas de la disciplina.

Lo cierto es que ningún conocimiento o modelo que se pretenda objetivo se salva de enfrentar la crítica de la autoría, y dar cuenta del uso de ciertas estrategias discursivas y persuasivas. Antes bien, el reconocimiento de que el investigador forma parte de la interpretación a partir de su propia experiencia y subjetividad, nos aproxima a completar el círculo hermenéutico de construcción del conocimiento. Por ello coincido con este autor en que: *“El análisis de cómo consigue sus efectos y cuáles son éstos, de la antropología escrita,[y de la historia] no puede seguir siendo una cuestión marginal, minimizada por los problemas de método y las discusiones teóricas”*.¹¹ Validando asimismo su tesis de que en la antropología y en la historia, la relación entre el arte de la comprensión y el arte de la presentación, es una relación tan íntima, que ambas partes son inseparables.

La discusión sigue en pie, no hay una única solución al respecto. Cada vez se pierde aún más el temor de la oleada postmoderna en la Historia y en la Antropología, en realidad los buenos historiadores siguen siendo rigurosos en sus técnicas de archivo para la obtención de datos, pero cada vez más se inclinan por métodos de escritura en donde utilizan las técnicas narrativas. Los antropólogos -una importante parte de ellos- se encuentran en dinámicas muy contemporáneas de analizar problemas sociales actuales y no sólo realizando etnografía a la antigua, sino explorando nuevas teorías sociológicas. En realidad la amenaza de reducir las disciplinas a mera ficción literaria, está muy lejos de suceder en nuestro país. Por ello quizá lo más valioso de esta discusión es la revitalización de la reflexión epistemológica en Ciencias sociales y también se puede extender hacia una revisión de los efectos de la narrativa en la educación y en la transmisión de la cultura.

La perspectiva didáctico-pedagógica de la narrativa

Al entrar a los fondos antiguos de la Biblioteca Pública de Morelia, encuentro la narrativa como un género recurrente en libros para niños,

¹¹ Ibid. pág.158.

catecismos, cartas familiares (discursos moralizadores escritos en forma capitular); historias de personajes célebres; libros de higiene, manuales de moda, manuales de terapéutica, de agricultura, textos pedagógicos y por supuesto en novelas, cuentos y relatos diversos.

He podido comprender que la narrativa constituía una estrategia persuasiva no sólo para alfabetizados, sino que era identificada como una propuesta de difusión oral de conocimientos para los mismos analfabetas. Su utilidad en las escuelas durante el siglo XIX tenía gran importancia debido a la estructura de conocimientos que se promovían en ellas, en primer lugar, se favorecía un conocimiento objetivo, es decir que iniciara por tocar, ver cosas que estimularan los sentidos y después se favorecía el aprendizaje moral (que requería necesariamente de estrategias narrativas y persuasivas) para finalmente pasar al conocimiento intelectual, que requería de mayores esfuerzos de abstracción, aquí nuevamente era necesario el apoyo de la narrativa como facilitadora del aprendizaje.

La narrativa persistía como un recurso para la estructuración de la memoria de los niños. Requería además del arte de la buena pronunciación para la transmisión de emociones y la utilización del método socrático (preguntas y respuestas) para la reafirmación de los conocimientos. En el siglo XIX era altamente valorado ese relato del profesor: bien estructurado, ordenado en secuencia cronológica, jerárquica y emocional de acuerdo a las intenciones del autor. A los maestros se les sugería que aprendieran a ser buenos conversadores y narradores, incluso Rébsamen daba instrucciones muy precisas de cómo debía prepararse el profesor para la lección narrativa de Historia.

La reflexión sobre las posibilidades de la narrativa y las estrategias textuales, nos abre una puerta enorme para aproximarnos a la narrativa como la gran maestra de historia, pero no nos asombra enterarnos que fue también el lenguaje de viajeros, etnógrafos y científicos, gran transportadora de moral y sabiduría, así como excelente

divulgadora de ciencia y saberes prácticos. Es la forma recurrente y misteriosa, ese fluir de palabras, ese mar para el entendimiento, que alimentaba a los cada vez más numerosos y ansiosos lectores y lectoras desde el siglo XIX.

Tanto a la antropología como a la historia les corresponde hoy por hoy, analizar las matrices de la discursividad con que se han fundado como disciplinas por sus grandes maestros, ubicarlas históricamente, comprender sus silencios e intencionalidades, entre otros aspectos, constituyen el reto de los nuevos investigadores interesados en los estudios culturales de sociedades del pasado y del presente. A quienes nos dedicamos a la formación de profesionales de las ciencias sociales, nos corresponde además la reflexión acerca de los lenguajes y tipos de escritura bajo los cuales enseñamos a proceder a las futuras generaciones.

Bibliografía

- Bloch, Avital H. *La Historia como narrativa: aspectos de crítica y defensa*, en **Revista Encuentro**. El Colegio de Jalisco, vol. 3, No. 4, jul-sep., 1986, pp. 47-82.
- Burke, Peter, *Historia de los acontecimientos y renacimiento de la narración* en Burke, Peter, **Formas de hacer Historia**, Madrid, Alianza Editorial, 1993, pp. 287-305.
- Corcuera de Mancera, Sonia, **Voces y silencios en la historia. Siglos XIX y XX**, México, F.C.E. 1992.
- Geertz, Clifford, **El antropólogo como autor**, Barcelona, Editorial Paidós Studio, 1989.
- **La interpretación de las culturas**, México, Gedisa editorial, 1991.
- Iggers, Georg G., **Historiography in the twentieth century. From scientific objectivity to the postmodern challenge**, Wesleyan University Press, New England, Hanover, 1997.
- O'Gorman, Edmundo, **Fantasmas en la narrativa historiográfica**, México, Universidad Iberoamericana, Centro de Estudios de Historia de México, CONDUMEX, 1996.

- Ricoeur, Paul, **Tiempo y narración**, México, Siglo XXI editores, 1995. Vol 1.
- Rosaldo, Renato, **Cultura y verdad. Nueva propuesta de análisis social**, México, CONACULTA-Grijalbo, 1991.
- Stone, Lawrence, *El resurgimiento de la narrativa: reflexiones acerca de una nueva y vieja historia*, en **El pasado y el presente**, México, FCE, 1986, pp. 95-120.
- White, Hayden, **El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica**, México, editorial Paidós, 1992.
- **Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX**. México, FCE, 1992.